

José Enrique Rodó: OBRAS COMPLETAS, 2ª edición. Aguilar, Madrid, 1967.

OBRA PÓSTUMA. – 7: ESCRITOS DE LA “REVISTA NACIONAL”. – “EL INICIADOR”, pp. 839-855.

“EL INICIADOR” DE 1838 <sup>(1)</sup>

ANDRÉS LAMAS – MIGUEL CANÉ

Recordemos cómo nació la prensa literaria entre nosotros. – Llevemos nuestro espíritu a los tiempos en que resplandecía sobre la frente de Montevideo, azotada por ráfagas heroicas, la representación de la inteligencia y la dirección de las ideas en los pueblos del Río de la Plata.

Unificados por la indivisibilidad de una sola y gran patria literaria ha de considerar a esos pueblos nuestro estudio, porque no admite la historia intelectual de aquella época clasificaciones fundadas en las diferencias de nacionalidad que acababan de fragmentar el suelo del viejo Virreinato.

Es de la acción aunada de las dos generaciones que se alzaban simultáneamente en una y otra margen del Río – teniendo por inspiración los mismos ideales, obedeciendo en la propaganda y en la lucha a idénticos propósitos – de donde el movimiento intelectual que tuvo sus manifestaciones primeras en las páginas de *El iniciador* nace pujante y prestigioso y labra el amplio cauce común en que aquéllas debían precipitar sus energías, sus anhelos y sus entusiasmos.

En los últimos tiempos del período de regeneración que inauguran en la historia argentina los ensayos orgánicos de 1821, una juventud brillante y anhelosa animaba los claustros de la Universidad que acababa de levantar la iniciativa genial de Rivadavia, sustituyendo en ella el molde de la vieja enseñanza colonial, que tiene su expresión en las históricas aulas de San Carlos y que no había sido modificado esencialmente después de la Revolución, por las que las habían sucedido, con un orden de estudios que recibía su inspiración de los propósitos de reforma social en que aquel régimen civilizador se hallaba empeñado.

Por la eficacia de la educación instituida sobre los fundamentos de esta reforma social y animada de un espíritu nuevo, aquella época luminosa aseguraba sus triunfos del presente con la conquista del porvenir, y ponía su sello a la mente de una generación a quien tocaba custodiar los penates de la cultura vilipendiada, llevándolos consigo en largo y proceloso destierro, frente

al régimen bárbaro que debía levantarse sobre las ruinas de aquella obra gloriosa de organización.

Los que salvaban entonces los lindes de la infancia, los hombres nuevos a quien Juan Cruz Varela, el poeta consagrado de las iniciativas de la grande época institucional, había cantado lleno de generoso entusiasmo, no debían ver jamás—o debían verlo sólo cuando treinta años de luchas e infortunios los separaba de aquel amanecer luminoso de su vida—un predominio tal de la inteligencia, vivificando el organismo social como energía impulsora y soberana, resplandeciendo como supremo prestigio de la personalidad y acatada como fuerza efectiva de gobierno. —La prensa y la tribuna, que se regeneraban por la adquisición de un carácter esencialmente digno y doctrinario; las tendencias nacientes de asociación intelectual que levantaban centros de propaganda y de cultura, estimulando al pensamiento en todas sus actividades generosas; la cátedra, que difundía en los espíritus la savia nueva del saber; el canto mismo de los poetas, que se incorporaba como una nueva fuerza de acción, afirmada en el sentimiento de las multitudes, a la empresa de regeneración que lo inspiraba, concurría, como otros tantos toques de cincel, a transfigurar la fisonomía heredada de la sociedad de la colonia y creaban una atmósfera nueva dentro de la que el espíritu de aquella juventud pensó asistir a la definitiva realización de la obra de sus padres, consumándose para su porvenir y para su gloria.

Pero cuando hubo llegado la hora de la acción, la escena había cambiado.

Una emigración de estadistas y escritores mantenía consigo, en el destierro, el nervio de la época de organización y de cultura. —El viento de la Pampa soplaba vencedor sobre la frente de la ciudad que había sido glorioso pedestal de Rivadavia. Toda manifestación de intelectualidad y libertad se había extinguido o estaba próxima a extinguirse. Al gobierno de las ideas había sucedido el gobierno de la fuerza brutal. Revivían, bajo sus auspicios, todos los gérmenes reaccionarios ocultos en el seno de la sociedad que la política iniciada en 1821 había empezado a desvestir de los hábitos de la tradición colonial. — Aquella juventud se hallaba, pues, sola y desorientada en tal ambiente. —La realidad que se ofrecía ante sus ojos era como una barrera impenetrable que la separaba de los horizontes que una educación avanzada había descubierto a su espíritu.

Ella reproducía, en medio del estéril sosiego del régimen dictatorial, en medio del silencio y la sombra, las mal comprimidas inquietudes, la nostalgia de acción, los anhelos hondos y ardientes, de aquella otra juventud que se levantaba, privada también de escenario y de tribuna, en las postrimerías de la colonia, y que, excitada por los ecos remotos y legendarios de la Revolución, por las fecundas agitaciones de la propaganda de la libertad de comercio, por los aplausos del mundo que convergían al Foro de Buenos Aires para saludar el esfuerzo glorioso de la Reconquista, llevaba en el alma un hervor que denotaba

un sentimiento ignorado por el espíritu de las generaciones anteriores y que debía manifestarse, irresistible y fecundo, en su cercana obra de redención.

No era menos briosa y activa la genialidad de la generación a quien tocaba añadir la obra de la Libertad a la obra de la Independencia. No pudo por mucho tiempo el régimen despótico contenerla en la expansión de su espíritu. En 1837 ella se congregaba al llamado del innovador que había traído a su seno, del otro lado de los mares, el fuego de una gran revolución ideal—la que imprime su sello luminoso a la primera mitad de esta centuria—y levantaba, como los fundamentos del pórtico por donde debía verificarse el pasaje a una época nueva, una idea de emancipación literaria, un programa de regeneración social y una fórmula de organización política.

Pero ya, con anterioridad al año de la memorable protesta, nuevas voces habíanse alzado a pesar del influjo desalentador del ambiente ingrato y oscuro, anunciando la proximidad de aquel estallido generoso del alma de la juventud.

Marco Avellaneda y Juan María Gutiérrez habían hecho su iniciación en la prensa vehemente y tumultuosa del tiempo de Balcarce.—Juan Bautista Alberdi era ya autor de la *Descripción de Tucumán*, de la *Refutación a El Voto de América*, del comentario a Lerminier. —La poesía de los *Consuelos* hallaba tímidos imitadores, y el viejo verso de Hidalgo había renacido en Ascasubi, que tomaba a Béranger el dardo alado de la canción. —El futuro publicista de *El Nacional* ensayaba, en el panfleto y la invectiva, su prosa ardiente y plebeya.

El impulso que, concentrando y encauzando dentro de una tendencia definida los esfuerzos aislados, fijó de modo solemne y prestigioso la fórmula de las ideas que imprimieron carácter a una época, se manifestó casi simultáneamente, en su aspecto literario, por la aparición de *La Cautiva*, y en su aspecto social por el pensamiento orgánico que el propio autor de *La Cautiva* formuló en el *Dogma de Mayo*.

Aquel poema daba el modelo de la emancipación de los espíritus en la expresión, en la forma. El Salón Literario que Marcos Sastre fundó, también en 1837, fue el centro de donde se propagó la iniciativa y contribuyó principalmente a uniformar en la juventud que animaba sus veladas las aspiraciones y las tendencias.

El pensamiento de regeneración política, que levantó, en medio de las pasiones desencadenadas de los bandos, una bandera de concordia y un programa de organización que debía ser definitivamente sancionado por la posteridad, hízose carne en la institución de la Asociación de Mayo, de la que podría decirse que contuvo en sí la cédula de la nacionalidad futura.

Colaboraba eficazmente también en este doble movimiento un periódico de vida efímera que Alberdi dirigió y cuyas inspiraciones, fundamentalmente

serias y fecundas, estaban en curiosa oposición con el trivial significado de su título: *La Moda*. Ha de buscarse en él el inmediato precedente de *El Iniciador*.

Todas estas manifestaciones de actividad y de entusiasmo debían forzosamente atraer, sobre la inquieta juventud que las producía, los celos de aquellos que representaban un régimen que necesitaba para su consolidación de la inmovilidad de todas las tradiciones de atraso.

Penetró la *Mazorca* en el secreto de las reuniones donde se controvertía la nueva idea política y social. — Ellas, por otra parte, tendían a un carácter activo que se determinaba a medida que los rigores del régimen de fuerza demostraban la imposibilidad de toda propaganda de reforma. — A la dispersión de los conjurados, que sentían agitarse en su espíritu el numen de una época nueva, siguió bien pronto su ostracismo voluntario o forzado. — Una segunda emigración fue a unirse con la que mantenía en tierra extraña, hacía dos lustros, la gloria viva y la intelectualidad de generaciones anteriores.

Montevideo fue el centro preferido de esa emigración, como lo había sido de la que la precedió en los caminos del destierro. Ella aportaba al movimiento intelectual que iba a tener por escenario el recinto de la ciudad heroica las ideas de 1830 en filosofía y arte y la fórmula constitutiva lanzada por el autor de los *Consuelos*, como norma e inspiración de su propaganda política.

El elemento pensador de la primera emigración personificábase en Juan Cruz y Florencio Varela.

Tenía el primero la representación de la aristocracia intelectual de la época de Rivadavia. Representaba el segundo la persistencia del mismo ideal político y literario dentro de una generación que debía caracterizarse por ideales nuevos y distintas aspiraciones.

Juan Cruz había tenido oportunidad de proseguir en el destierro su fecunda acción de publicista, acompañando los esfuerzos primeros de nuestra constitución nacional, con la propaganda de *El Patriota*, bajo el ministerio organizador de don Santiago Vázquez. — Su inspiración de poeta, que había nacido al calor de una época gloriosa y estaba hecha a ser la consagración de sus triunfos, quedó por algún tiempo como en mudo estupor, ante el fracaso de la grande obra que había celebrado. En la severidad espartana de su poesía no halló una nota que se acordase con las amarguras de la proscripción. Pero cuando la juventud de la época nueva llegó a Montevideo, el poeta que había saludado en ella, en días mejores, el porvenir y la esperanza, y a quien muy breve tiempo separaba entonces de la tumba, pudo todavía contribuir al movimiento literario que ella inició, con sus últimos versos, que tienen ya la entonación de la elegía, y que serán acaso los más amados de la posteridad, porque son los que manifiestan, en una forma más ingenua y humana, un sentimiento más profundo.

En cuanto al magisterio intelectual de Florencio, que fue sin duda eficaz y poderoso sobre la generación que entonces se iniciaba, no se manifestó tanto en forma pública y escrita, hasta la aparición del diario que vive vinculado a su gloria, como por el adoctrinamiento íntimo y verbal. — En su primera juventud había soñado con los lauros del poeta. Su poesía había resonado al par de la del celebrador de Ituzaingó, en iguales formas solemnes y austeras del lirismo, modificada un tanto la difusión oratoria de Juan Cruz por un tono más sobrio y horaciano. Cantó al par de él a los triunfos de la guerra con el Imperio, a los afanes de la obra de organización y saludó la resurrección de Grecia, en nombre de la América emancipada, después de Navarino. En el destierro dedicó cantos de noble y austera inspiración a la concordia, a la paz, a la prosperidad del nuevo Estado que debía ser la escena de su gloria y el suelo amigo de su tumba. Abandonó más tarde el verso y concentró su espíritu en el sentido de la historia de América, a la que pensaba consagrar todos los afanes de su madurez. Su influjo literario fue de moderación y resistencia a la corriente innovadora en cuanto ella relajaba las severidades de la disciplina que estaba en la educación y en la organización misma de su mente. Su naturaleza intelectual era firmeza, sosiego, exactitud. Desconoció, como publicista, otras inspiraciones que las de la razón que impera, augusta y majestuosa, con la paz de las cimas; y aun en una propaganda que vibró en atmósfera inflamada por todas las exaltaciones de la indignación y todos los odios de la lucha, como la que le llevó al martirio y a la inmortalidad, no se caracterizó su palabra por el arrebato y el ardor que acusan la pasión impetuosa, sino por la ecuanimidad, por la serenidad, por la justicia, por todas aquellas condiciones que son el sello de la tranquila fortaleza del ánimo, unida a las vistas límpidas y seguras de la inteligencia.

Esbozábese en ocasión de la llegada de estos primeros proscritos, y estimulada por su presencia en gran parte, la actividad intelectual de la naciente República.

Constituida la nacionalidad, el signo de su autonomía literaria se personificaba en Francisco Acuña de Figueroa, a quien hubiérase podido llamar aún con más exactitud que el poeta de la nacionalidad que se iniciaba el poeta de Montevideo: la encarnación del espíritu de una ciudad y de su crónica, animados por una poesía risueña y apacible que tenía algo del aspecto de esa misma ciudad. — Cuando la plaza fuerte, dentro de cuyos muros había escrito el *Diario del sitio* de 1812, se alzaba al rango de capital de un pueblo independiente y a la dignidad republicana, cobró de súbito el acento del versificador, que hasta entonces había militado en las filas humildes de la tradición prosaica de Iriarte, o la vulgar y villanesca de Lobo, cierto brío, cierta elevación, cierta grandeza, y dieron ritmo sus cantos a las primeras palpitations de la existencia nacional.

Mientras la vida pública, en la capital del nuevo Estado, tenía de este modo su poeta — el poeta que ensayaba crear, por sobre el lenguaje del documento, la prensa y la tribuna, una expresión más ideal y más alta para el

sentimiento colectivo — reflejábanse con no menos fidelidad la vida íntima y la vida de sociedad del mismo centro en otras formas inagotables de su producción, que seguían el cauce liso y ameno de la estrofa galante o de la sátira deleitosa y sin hiel. —No estaba solo el poeta del *Himno* en aquella primera manifestación de su actividad literaria. —Carlos Villademoros, Manuel y Francisco de Araúcho buscaban inspirarse también, entre otros que les son inferiores, en los acontecimientos de su época. —Eran sus cantos como un remedo, un tanto candoroso y aldeano, de la genialidad del lirismo solemne y majestuoso que había resonado en América, durante la Revolución, para saludar sus glorias y consagrar sus triunfos. —En esa endeble poesía de circunstancias asociábanse por extraña manera la ingenuidad, el abandono, el candor, todas aquellas condiciones del pensamiento y del estilo que son denunciadoras de la inexperiencia literaria, con el amaneramiento y la artificiosidad propios de una retórica que marcaba el último grado de afectación y decadencia en una escuela moribunda.

Las deficiencias de la organización, la pequeñez del escenario, su inestabilidad en medio a los sacudimientos de la lucha, la misma condición de generaciones que habíanse formado en escuela poco propicia a las manifestaciones desinteresadas del pensamiento—como que las fuerzas de su mentalidad hubieron de confluir con las de su carácter y su brazo en las porfías de la acción—concedían un espacio muy limitado a aquellas tareas del espíritu que no se relacionaban directa e inmediatamente con ellas, y vedaban toda otra forma de expansión, a quien las cultivaba, que la que se acogía tímidamente a las columnas de periódicos que vivían la vida agitada y febril de la pasión, difundiéndola en sus alas de fuego; sin amplitud para reflejar otras actividades de la vida y dar voz a más serenas aspiraciones.

Faltaba nervio en la vida intelectual, faltaba la pasión, faltaba el brío, que una nueva generación estaba destinada a llevar a los torneos de la inteligencia, realizándolos por el doble impulso vivificador de sus ideas revolucionarias y de su genialidad activa y generosa.

Marcos Sastre, a quien en relación al orden de tiempo podríase conceder la primacía entre los hombres que participaron del carácter de este elemento innovador, había incorporado, desde la primera juventud, a la sociedad argentina su acción y sus talentos, prestando allí servicios eficaces a la evolución de 1837 que hemos procurado bosquejar.

Es Andrés Lamas el primero en anunciar, entre nosotros, la renovación del patriciado inteligente y la renovación de las ideas.

Su presencia en la escena pública se anticipa a la de los demás hombres de su generación. Su palabra recoge los primeros ecos de la iniciativa emancipadora que había señalado, al pensamiento y la literatura de América, la mente inspirada de Echeverría.

Casi niño, hizo sus primeras armas en la prensa. *El Nacional* de 1836 fue una bandera prestigiosa en sus manos. Sus dotes de escritor se acrisolaron prematuramente en esa campana vigorosa que terminó para el diarista adolescente con el destierro político. —Y luego, cuando Alberdi pensó atraer hacia la obra de regeneración social y política en que la juventud de su época soñaba, la voluntad de Rozas, invitándole en los *Preliminares* de su traducción de Lermínier a ser el brazo que llevase a la realidad aquel pensamiento, publicó Lamas un panfleto de impugnación donde se hacía resaltar la incompatibilidad de todo ideal de instituciones con la tendencia lógica y fatal de la tiranía. —Vuelto a la prensa en 1837, su alejamiento de Montevideo hízose pronto inevitable. —Cuando regresó con el ejército triunfador del Palmar, tomó de nuevo la pluma. Adquirió entonces el boceto casi infantil del escritor rasgos firmes y audaces que le presentaron como el publicista de su generación, como el publicista de una época nueva. En octubre de 1838 escribía Lamas el proemio de *El Iniciador*.

Miguel Cané, llegado en 1835 a Montevideo, compartía con Lamas la dirección del periódico, que aparecía lleno de entusiasmo juvenil y de brío, llamando a sí la generación destinada a darle en breve la coloración y la amplitud de una bandera que tendía sobre ella su sombra.

En su programa se definía con viril elocuencia la obra que se presentaba a la reflexión y al esfuerzo de esta generación, y que el periódico nuevo tendría por norma en la propaganda, por lábaro en la lucha.

“Dos cadenas—decíase en un pasaje de él—nos ligaban a España: una material, visible, ominosa: otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible, incorpórea, que como aquellos gases incomprensibles que por su sutileza lo penetran todo, está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos, y todo lo ata, y a todo le imprime el sello de la esclavitud, y desmiente nuestra emancipación absoluta.—Aquella pudimos y supimos hacerla pedazos con el vigor de nuestros brazos y el hierro de nuestras lanzas: ésta es preciso que desaparezca también si nuestra personalidad nacional ha de ser una realidad; aquélla fue la misión gloriosa de nuestros padres, ésta es la nuestra.” —“Hay, nada menos —agregábase—que conquistar la independencia inteligente de la nación, su independencia civil, literaria, artística, industrial, porque las Leyes, la sociedad, la literatura, las artes, la industria, deben llevar, como nuestra bandera, los colores nacionales, y ser como ella el testimonio de nuestra independencia y nacionalidad.”

En su aspecto social, la ejecución de este programa fue el desarrollo, más o menos velado por las condiciones de una propaganda que había de contenerse dentro de los límites de la imparcialidad o la abstención políticas, de la fórmula regeneradora de 1837. —En su manifestación literaria, la idea de la emancipación se confundía, para los que la propagaban con la idea y los

ejemplos del romanticismo. —Es esta última faz de la obra realizada por *El Iniciador*—que se identifica, en realidad, con la primera, pues nunca fueron las aplicaciones de la literatura materia de ocios vanos, sino medio eficacísimo de acción y de reforma en manos de aquel grupo de viriles obreros de una regeneración—, la que debe fijar singularmente nuestro interés en este estudio.

Notemos, ante todo, los precedentes que en tal sentido de su propaganda pueden señalársele, en las páginas que le anteceden de nuestra historia intelectual.

Con anterioridad a la repercusión de las grandes jornadas de 1830, no era aún bastante para alcanzar al ambiente lejano y tempestuoso de nuestra cultura la virtud de expansión del romanticismo que, habiendo atravesado en 1802, como un viento del Norte, las fronteras de Francia, teñía apenas con los tintes inciertos del crepúsculo los horizontes de la Europa Meridional. —Por otra parte, los ecos vagos y remotos de la revolución literaria que pudieron llegar al espíritu de los pueblos de América no traían consigo la manifestación de un ideal capaz de hallar en él propicia resonancia; capaz de armonizar con los estímulos que los sostenían en la lucha y de acordarse con la modalidad de su pensar y sentir. —La nueva escuela, en su relación con las ideas políticas y sociales, era, en su origen, escuela de reacción. Miraba hacia el pasado; amaba la tradición y la leyenda; había ceñido sus armas y afirmado su escudo para tentar el desagravio de las cosas caídas. — Cierta lazo simpático es fuerza que vincule las aspiraciones, las ideas, los sentimientos de libertad, en todas sus manifestaciones; y en tal sentido es indudable que la revolución literaria, expresión de libertad, debía ser grata a los ojos de aquellos que acababan de consumir la revolución política. Por más que la nueva escuela hubiera nacido solidaria, en cierto modo, de la protesta alzada en nombre del pasado contra la obra de aquella transformación inmensa, una tendencia lógica debía empujar a los soldados de la libertad a militar bajo las banderas insurrectas de la literatura. Además, la misma Revolución que se esforzaba, después de haber levantado en sus hombros un mundo nuevo, por sostener sobre esos mismos hombros el peso de la clámide, se relacionaba en sus orígenes con cierto movimiento de emancipación de las ideas estéticas. —No fue otra cosa, en las postrimerías del siglo XVII, el debate de *modernos y antiguos*, sino un torneo donde los brazos que iban a trastornar el eje del espíritu humano acostumbráronse a romper el cetro de la autoridad. Discutiendo a los clásicos, se había preparado el camino para discutir a los reyes. Defendiendo la perfectibilidad de la literatura, se había arrojado el germen de la idea de la perfectibilidad de las sociedades y las instituciones. Perrault precede a Condorcet. La rebelión literaria de los antihoméricos había abierto paso a la rebelión social y religiosa de los enciclopedistas. —Pero no es menos cierto que entre tanto se realizaba la confluencia de las dos escuelas de libertad, y llegaba, para conciliarlas, el “segundo romanticismo” de 1830: lo nuevo, lo indisciplinado, en literatura, podía pasar, en relación a otras actividades del pensamiento humano, por sinónimo de reacción. —En el mármol inmaculado



de Corneille y Racine, habían querido esculpir su imagen la República y el Imperio. Boileau seguía reinando absoluto en los espíritus mucho después que la cabeza de Luis XVI había rodado por las gradas sangrientas del cadalso. —La idea de la libertad llegaba, pues, identificada con la afectación antigua de las formas, al espíritu apenas emancipado de América. —Su revolución fue exteriormente clásica. Lo fueron su poesía y su tribuna. La vieja escuela era profesada con aquel grado de intolerancia doctrinal de que un documento literario muy curioso, el manifiesto que precede a los Estatutos de la Sociedad llamada *del buen gusto del Teatro*, que se fundó en Buenos Aires en 1817, puede servir de ejemplo significativo.

Ciertas auras muy leves empiezan a remover la atmósfera de las inteligencias en la época de Rivadavia. —El clasicismo de Juan Cruz y de Florencio Varela, eco del clasicismo francés del siglo XVIII, en toda su pureza dogmática, en todo su absolutismo esencial, aparece atrasado, con relación a su propio tiempo, si se consulta el testimonio de la circulación de las ideas literarias, que guarda en sí la prensa de entonces. —La crítica teatral, en algunos de los periódicos de aquella época, ofrece ciertos atrevimientos dichosos, cierta ansiedad de cosas nuevas, ciertas manifestaciones de libertad, cuyo origen puede buscarse en los primeros y vagos ecos de la crítica innovadora de principios del siglo, en las protestas que el recuerdo de la grande tradición romántica mantuvo, en medio a la derrota de la genialidad nacional, en la crítica española, y aun en el mismo contacto con la doctrina del siglo XVIII francés, si se considera que, para espíritus algo dados de suyo a tolerancias e innovaciones, aquella propia escuela de clasicismo, hoy tan uniforme y tan adusta en su perspectiva histórica, tan rígidamente sometida al parecer a una autoridad intolerante, no carecía de asidero donde apoyar ciertas osadías de pensamiento y ciertas aspiraciones de libertad, que tienen precedentes tales como los del Voltaire del *Ensayo sobre lo épico* y las *Cartas inglesas* y los relámpagos de genio de la crítica de Diderot.

En poesía, Juan Crisóstomo Lafinur había dado entrada a los presagios románticos de Cienfuegos. El falso Ossian, en el que debe reconocerse uno de los elementos literarios que más eficazmente intervinieron, a principios del siglo, para la formación del gusto nuevo, era colocado en 1821 junto a los mayores épicos clásicos, cuyos poemas ofrecíanse como premio del más hermoso de los cantos de Luca en resolución oficial.

A volver fácil la evolución de las ideas literarias contribuyó por entonces la presencia de un escritor de superior talento y cultura, para cuyo nombre debe existir, aún más que en la tierra de su nacimiento, en nuestra América, recuerdo respetuoso en la memoria de la posteridad. —José Joaquín de Mora, miembro de aquella viril generación que arrojada de España por el despotismo de Fernando VII, nutrió su mente, fuera de la patria, en las corrientes nuevas que a su regreso salvaron con ella las fronteras de esa nación; publicista, crítico, poeta; propagador de adelantadas ideas de enseñanza, de literatura y de organización,

durante su estadía de dos décadas en varios pueblos americanos; espíritu del que pudo afirmar la palabra elocuente de Ríos Rosas que “embotó las espinas de la proscripción con el asiduo culto de la inteligencia”, tomó a su cargo la dirección de las columnas oficiales de *La Crónica*, llamado a Buenos Aires por el Gobierno de don Bernardino Rivadavia, en 1827. —El olvidado autor de las *Leyendas Españolas* no era, en el rigor de la palabra, un romántico. Desde luego, era francamente hostil al romanticismo reaccionario y retórico de Chateaubriand, contra el que tuvo su crítica páginas singularmente acerbas. — Pero sus doctrinas, más viriles y sólidas, de libertad literaria, habían sido adquiridas del contacto con el pensamiento inglés, de cuyo espíritu puede considerársele, dentro de la literatura de su tiempo y su lengua, uno de los emisarios primeros. —Él traía consigo, a Buenos Aires, el influjo de aquel animoso movimiento de publicidad y de renovación, que sostuvieron por algunos años en Londres, concentrando allí la más avanzada expresión de la literatura castellana de la época, una parte de los españoles desterrados por la reacción absolutista de 1823 y algunos de los americanos que mantenía en Europa el servicio de los intereses diplomáticos de la Revolución o el ostracismo originado en las primeras luchas civiles. —Y aunque en punto al idioma y con relación a determinados aspectos de la forma literaria, era Mora conservador e intolerante, como lo anunciaba él mismo en el prospecto magistral de *La Crónica*, era, en lo íntimo y sustancial de su doctrina, más independiente y más laxo que su futuro contendedor don Andrés Bello, con quien comparte el honor del magisterio intelectual que modeló, en el período que antecede a la llegada de los emigrados del Plata en 1841, las formas de la cultura de Chile.

Rápido como fue, su pasaje por el ambiente intelectual de nuestros pueblos dejó, sin duda, algunos gérmenes fecundos que contribuyeron a preparar eficazmente el terreno donde la mano fuerte de Echeverría debía plantar el árbol de la innovación. —La marcha autónoma y la espontaneidad del pensamiento americano, lo mismo en sus manifestaciones literarias que en sus trascendencias activas, fueron ideas que no permanecieron ignoradas de la propaganda y la crítica sagaz de José Joaquín de Mora.

Espesábanse las sombras de la reacción que sucedió al fracaso de la obra de cultura iniciada por aquel período glorioso, cuando tornaba del otro lado de los mares el futuro innovador a quien estaba reservado comunicar a los espíritus, ya puestos en propicia pendiente, el grande y definitivo impulso. — Esteban Echeverría, que había llevado en París una afanosa vida de estudio y de observación desde 1826, había asistido allí a la última etapa de la revolución de las ideas, que precipitaba entonces sus pasos hacia el glorioso desenlace de Julio. Empapada su mente en la irradiación de aquellos días luminosos, cuando puso su pie sobre la nave que había de devolverle al seno de la patria, el poeta joven se creía a sí mismo el mensajero de una regeneración intelectual. Volvió, y halló, en los horizontes que había dejado radiantes y serenos, el silencio y la sombra, la soledad moral, la enervación de las voluntades, el ostracismo de las inteligencias. —La primera tentativa de innovación con que se sobrepuso su

espíritu a las brumas de desaliento en que flotaban las almas, no fue para él un triunfo—difícil de alcanzarse con versos en una época de apagamiento intelectual—; no fue tampoco el merecimiento de un triunfo. —Esa obra de iniciación no pasó de ser un tributo pagado al más trivial amaneramiento romántico—en el género de las leyendas de Hoffmann, de los cuentos de Nodier; en el género que el romanticismo ofrecía de forzosamente exótico e inoportuno con relación a la índole de nuestras sociedades de América—, que no tuvo, y no merecía tener, más que el recibimiento ingrato del silencio. —Pero la histórica significación de aquel ensayo de mal gusto ha de señalarse en que la nueva escuela literaria penetraba, merced a él, en la literatura naciente de estos pueblos, cuando ella apenas había salido en España, con la aparición de *El Moro Expósito*, de sus manifestaciones indecisas u oscuras.

La primera muestra de sí que dio la fuerza poética a quien estaba reservado animar las soledades de la pampa con la vida inmortal de *La Cautiva* y la verdadera revelación del nuevo credo—aquella que pone un límite a los vagos precedentes que rastrea en la sombra la erudición y deja por primera vez una fecha hondamente grabada—, se identifican con la aparición de los *Consuelos*. — El poeta de una generación estaba allí. — Un numen ignorado aparecía en aquellas páginas, para nosotros lánguidas y marchitas, y que parecieron entonces llenas de vibración, llenas de colorido y de savia. Era la musa nueva, dispensadora de los deliquios de la meditación y del recogimiento; la confidente cariñosa de la individualidad; la poética revelación del mundo íntimo; el espacio franqueado en medio de la poesía que se nutre de las pasiones de la multitud, para la poesía que habla de los sentimientos de uno solo. La época era favorable a los esparcimientos de la melancolía, como lo fuera en tiempos cercanos para la virilidad altiva de lo épico. —Una ráfaga inesperada y balsámica pareció cruzar la atmósfera adormida; reconoció la juventud al poeta suyo, al poeta que le estaba destinado, y la crítica clásica, que representaban los Varelas, aplaudió. — Bien es verdad que el espíritu romántico y novador de *Los Consuelos*, encarnado en una forma que no se singularizaba todavía por ninguna de las audacias de la expresión, del ritmo y de la imagen, que debían caracterizar la exterioridad del romanticismo y vestirle con su túnica propia, se presentaba en versos más arreglados y tímidos que audaces, que podían bien pasar como una tentativa de restauración de las tradiciones de sobriedad y medida del clasicismo, a quien la escuela dominante hasta entonces en los poetas de América había llevado a los extremos de la solemnidad oratoria y de la difusión. — Al propio tiempo de tributar, en carta íntima, sus aplausos a la aparición del poeta que se revelaba, Florencia Varela, fijando su atención en el movimiento literario europeo, manifestábase desorientado por la partida de los dioses de su culto; pedía el desagravio para las sombras de Horacio, de Racine y Molière; profetizaba con segura convicción “que Hugo pasaría”; y se negaba a reconocer en la revolución literaria otra cosa que una pasajera desviación y una recrudescencia gongórica. — Más tarde, cuando tocó al publicista de *El Comercio del Plata* juzgar *El Peregrino*, de Mármol—y aun cuando redactó el *Informe* relativo a las composiciones que se presentaron al Certamen

de 1841 — dejó notar que la revolución de las ideas había labrado cierto surco en su espíritu. Por otra parte, Juan Cruz Varela, escribiendo a don Bernardino Rivadavia en 1836, para exponerle los principios de crítica a que debía ajustar su traducción, que entonces reanudaba, de la *Eneida*, tenía observaciones de un sentido profundo, que denunciaban el influjo de una crítica nueva y penetrante y que levantaban su juicio muy sobre el pensar del falso clasicismo del siglo XVIII.

La inquieta juventud que entregaban por aquellos años a la vida pública los claustros de la Universidad, donde la palabra dulce y persuasiva de Alcorta mantenía honrosamente la tradición de un glorioso profesorado, recoge en sus ensayos primeros el eco de la iniciativa y la propaga, más o menos decididamente, en la crítica y en la producción. — Abriánse paso, al par de las nuevas ideas literarias, las corrientes nuevas de la filosofía y el derecho. Lerminier era traducido y comentado en 1837 por Alberdi. José Tomás Guido había dado a luz en 1834 una versión de la *Historia de la Filosofía* de Cousin.

El arribo a la cumbre en esta que podemos llamar ascensión de las inteligencias es señalado simultáneamente por la revelación literaria de las *Rimas*, por la profesión de fe tan virilmente formulada en el *Dogma de Mayo*, por el movimiento de producción y de asociación intelectual de que hablamos en los comienzos de este estudio. — Trozados ya los vínculos que supeditaban la nueva orientación de las ideas a una norma de imitación, en la que el principio de obediencia que se había abandonado con respecto a los clásicos era sancionado otra vez con relación a los maestros del romanticismo, impulsábase al pensamiento a una franca emancipación, se refundía el concepto de la nueva escuela literaria dentro de molde americano y se la convertía en obra propia, en el sentido de interpretarla y adaptarla a las condiciones de nuestra naturaleza y nuestro medio social. — Sabemos ya que la emigración de la juventud a quien estaba encomendada la obra de fecundar y propagar la iniciativa impuso en Buenos Aires el momentáneo fracaso de esa obra y que el movimiento de ideas que allí interrumpe, al nacer, la brutal persecución de la fuerza, se reanuda en esta margen del Río, donde libra sus combates y celebra sus triunfos. — *El Iniciador*, de Montevideo, representa, efectivamente, la última y definitiva jornada del período azaroso, difícil, de la innovación. Las doctrinas que, débiles y desamparadas todavía, le habían dado causa e impulso, tienen, poco tiempo después de su propaganda, la entera representación de la actividad literaria de su época, y aquellos que las habían aventurado no hablan ya como insurrectos que proclaman, sino como vencedores que dominan <sup>(2)</sup>.

Las transcripciones que reflejaban la palabra de los maestros y contribuían a difundir los modelos y los principios de la renovación literaria en que *El Iniciador* tomaba sus inspiraciones compartían sus columnas con la actividad productiva de la juventud.

Los escritores, los poetas, los publicistas de aquella época luminosa —

Hugo, Manzoni, Lamartine, Espronceda, *Fígaro*, de cuyas críticas se había hecho en aquel mismo año una edición local por las prensas de Montevideo; Lamennais, cuyo apasionado estilo fue a menudo imitado en los escritos de la época; Cousin, Saint-Simon, Lerminier – eran entre nosotros divulgados por las transcripciones de *El Iniciador*.

La obra propia de sus redactores merece fijar, con algún detenimiento, nuestro interés.

De Andrés Lamas – que en la declaración de propósitos del periódico había trazado firmemente los rumbos de su propaganda, pero que contribuyó con escasa asiduidad, solicitado bien pronto por las agitaciones de la política activa, al posterior desenvolvimiento de ella –, debe recordarse un diálogo lleno de brío e intención, donde recoge los ecos de desdén, de desconfianza o de burla, que manifestaban que la iniciativa innovadora de la juventud había herido, ya los sentimientos de inercia, las raíces aún vivas del pasado, ya la superioridad recelosa de los círculos.

En los escritos de Cané lucen los dones preciosos del estilo; el giro esbelto y elegante, la marcha leve, airosa, de la dicción; la urbanidad selecta del ingenio; las vistas penetrantes del criterio y el gusto.

Citemos de ellos: el hermoso juicio de *Alejandro Manzoni*, lleno de apasionado entusiasmo por el poeta y de anhelantes votos por la resurrección de la Italia: su consideración sagaz de los nuevos horizontes de la *Literatura*, donde, sobreponiéndose a todo lo que había de escolástico y transitorio en el romanticismo, señalaba como el concepto definitivamente conquistado por él el de la variabilidad de la obra literaria “como atributo del estado y condición de los pueblos”, “sometido a la doble ley del tiempo y del espacio”; sus diálogos festivos, en los que, bajo el título de *Mis visitas*, desplegó certeras dotes de crítica y de observación; sus meditaciones, a menudo profundas, sobre las condiciones y las necesidades del estado social de América recién emancipada. – En una de ellas realizaba con sentida elocuencia los beneficios de la educación popular como suprema fuerza regeneradora. Glosaba, en otro de estos artículos doctrinarios, dirigiéndolas a los hombres de su generación, las palabras póstumas de Saint-Simon a sus discípulos: “¡El porvenir es vuestro!” Y hablaba, en otros – *El Pueblo, Aristocracia en Sud-América, Fiestas Públicas* –, de la necesidad de convertir en fuerza viva y autónoma la mole inerte de las multitudes, sobre las que no se había disipado el sueño de la servidumbre colonial.

La faz del pensador, del propagandista o del sociólogo se refleja más a menudo que la del crítico propiamente literario en esas páginas.

Y, sin embargo, era la de don Miguel Cané una organización moral profundamente sellada por pasiones de artista. Había sido concedido a su

naturaleza, con más generosidad quizá que a la de otro alguno de sus contemporáneos, el amor del arte por el arte, la virtud de la contemplación desinteresada de lo bello, que en los espíritus de una época de agitación, de organización y de lucha, pocas veces lució sin la mezcla impura del objetivo utilitario — aunque fuese de una elevada y noble utilidad —, sin la intervención, en el sentimiento y en el juicio, de tendencias que se relacionaban más o menos directamente con la propaganda y la acción. Su crítica suele ofrecer, por esto, manifestaciones de una cualidad que es raro encontrar en la de los hombres que la ejercieron en su época y a su lado; aunque no se eximiese, según hemos dicho, de la imposición fatal de un ambiente que obligaba a convertir, la misma contemplación y el mismo reposo, en medios y maneras de lucha. — Así, supo reconvenir a *Fígaro* el criterio del todo extraño a la pura apreciación estética que le dictó su condenación de *Antony*, haciendo un magistral juicio de Larra.

A Cané, según todas las apariencias, debe atribuirse, en efecto, la página de crítica más duradera y más hermosa que realce las columnas de *El Iniciador*: el estudio de la personalidad y la obra de Mariano José de Larra, que, escrito en ocasión de la muerte del crítico genial, puede ser considerado como un juicio perfecto, definitivo, que sería lícito trasladar, sin modificaciones, de las hojas fugaces e improvisadas de la prensa, donde vio la luz, a las páginas de bronce de la historia literaria.

Cultivó también, en aquella primera manifestación de sus talentos, la narración breve, el cuento de índole romántica, modelándole en el remedo ingenuo de la afectación sentimental de la escuela. Luego, su espíritu debía fijar su definitiva vocación literaria en el romance, desplegando singularmente las galas de su estilo en cierto género novelesco, que es conversación artística al par que narración. Lienzos y mármoles constituyen en él el fondo del relato, como en novelas de otra índole el escenario de la naturaleza. La crítica de arte alterna con el desenvolvimiento de la acción, como en el libro en que Mme Staél dio por escena los museos y las minas de Italia a las figuras de Oswaldo y de Corina. La forma fácil, esbelta, refleja la entonación de una palabra animada y elegante.

Hablemos ya de los colaboradores de *El Iniciador*. — Entre ellos, debe citarse a Alberdi en primer término. La crítica de costumbres, arma de las más poderosas y eficaces que sirvieron a la propaganda del periódico, puede considerarse, en la literatura de su época, obra suya.

No es que la sátira careciese de estimables precedentes, dentro de las anteriores manifestaciones de la cultura argentina. Aquella prensa vivaz que controvirtió, durante los años de la Reforma, las ideas de organización y de política, lo mismo con el vigor del razonamiento doctrinario que con la punta acerada de la burla, pudo servir de comprobación a la efectividad del rasgo que señalaba don Juan Cruz Varela en la genialidad de su pueblo, cuando afirmaba que, como el caracterizado en la expresión del gran satírico, *nacía burlón*. Algún durable elemento literario es posible sacar entre aquella bulliciosa multitud de

vocablos amotinados y bravíos que desfilan riendo; no ciertamente por la fina espiritualidad, la elegancia, el aticismo, sino en el género de aquella sátira española del siglo XVIII, tan cerril y tan tosca, pero tan varonil, tan sazónada con especias fuertes del ingenio, que resonó como un eco de la carcajada estruendosa de los dioses, en las páginas gruesas del *Gerundio*, y que podría tener el símbolo de sus procedimientos en el manteo de Sancho o en las tribulaciones del Buscón en la Universidad de Salamanca.

El P. Castañeda es la personificación militante de esta que podemos llamar *edad de piedra* del donaire argentino. Tiene para nosotros su sátira, como la de las réplicas de Varela y la de los que se agitaron con ellos en medio a esas jornadas de Fronda del panfleto y el diario, la curiosidad de ofrecernos algo así como una cómica refracción de los hombres y cosas que tejieron la trama de uno de los períodos más solemnes y más decisivos en el desenvolvimiento orgánico de nuestros pueblos; y hoy las leemos con el interés que se recorre una página de caricaturas de Cham o de Nadar, donde se ven con sorpresa, entregando sus rasgos a la implacable travesura del lápiz, aquellas figuras de otros tiempos que estamos habituados a mirar en las actitudes nobles y dignas con que las fija el grabado y nos las representamos en la contemplación de la historia.

La sátira, pues, era personal o política, cuando dejaba de ser indeterminada y abstracta. Alberdi la hizo social, la animó con su sentido profundo de las exigencias y los intereses de la sociedad en que actuaba; le imprimió el colorido de la localidad y de la época. Duraba un tanto en sus formas el dejo aldeano de la pendencia inmoderada e inculta. Alberdi la familiarizó con las sutilezas de la sonrisa inteligente y las voluptuosidades delicadas de la ironía. Él realizó, dentro de pequeño escenario, la obra que en escenario mayor hizo inmortal el nombre de *Fíguro*, mentor y maestro suyo. Para recoger su pluma le auxiliaban no sólo las dotes nativas de su espíritu sino también la identidad del ambiente en que hubo de desarrollarse su acción y en el que se renovaban las impresiones de la contemplación a un tiempo reflexiva y sonriente con que había asistido el crítico ilustre al desconcierto de una sociedad que vacilaba entre la atracción de un ideal que moría y la de otro ideal que no había acabado de nacer... *Caracteres, Figarillo en Montevideo, La cartera de E., Sociabilidad, Folletín cómico, El Sonámbulo*—los cuadros de costumbres que, prosiguiendo la labor comenzada en las páginas de *La Moda* de 1837, publicó Alberdi en *El Iniciador*—son sobre toda duda de las mejores y más duraderas páginas que por entonces inspiró en España y América, la imitación de las del autor de *Modas*, y constituyen el reflejo más directo y exacto de la manera del genial escritor, en sus elementos de observación y realidad, aunque ningún vínculo ofrezcan con otros aspectos, quizá más característicos y dominantes, de su obra. Faltaba a Alberdi aquel fermento romántico que entró por mucha parte en la composición del alma de *Fíguro*: el pesimismo ingénito con que solía desleír en llanto acerbo la pastilla de color de la sátira. En la naturaleza literaria de nuestro escritor no era nota que vibrase muy alto el sentimiento; y por otra parte, su profunda fe en la virtud de las ideas que dieron norma e inspiración a

su crítica no pareció quebrantarse jamás, como en el maestro, por la desconfianza o la duda.

En la crítica literaria, Alberdi merecería ser llamado el más eficaz coadjutor de la obra de Echeverría. —La tarea emancipadora que en la producción poética inició el autor de *Los Consuelos*, él la emprendió en la doctrina y el análisis; y la realizó con criterio más consecuente y más seguro. —Tuvo, quizá, más clara conciencia que el maestro de las necesidades que debía satisfacer la fundación de una literatura americana, una vez admitido el principio de su espontaneidad.

Trazó mejor que él el deslinde entre los elementos oportunos y los exóticos, que reclamaba la adaptación de la nueva escuela de arte al espíritu de los pueblos de América. Se levantó más alto sobre las limitaciones escolásticas del romanticismo. —Fue, de los nuestros, el primero en hacer de la crítica literaria, no el simple análisis retórico, sino la consideración de la obra bella en sus relaciones morales, en su función social, consideración que domina a veces exclusiva en sus juicios, menos de artista que de pensador, con detrimento del puro y desinteresado amor del arte, que no tuvo en su espíritu la intensidad con que resplandeció en [el] <sup>(3)</sup> alma ardorosa de Cané o el alma diáfana y serena de Gutiérrez. —Estudios tales como *¿Qué nos hace la España?*, *La emancipación de la lengua*, *De la poesía íntima*, *Del arte socialista*, *La generación presente a la faz de la generación pasada*, reflejan bien esa aplicación de la crítica de Alberdi en su campaña de *El Iniciador*. —Notas constantes que imprimen su sello a estos escritos son la liberalidad, acaso extremosa, del criterio, en puntos de forma y de lenguaje, el afán por la asimilación inmediata de lo nuevo, la guerra tenaz llevada a los reductos de la tradición española y una apasionada inclinación a buscar la trascendencia efectiva, social, de la literatura, considerada ante todo como medio de propaganda y de combate.

Comparte con Alberdi la posesión de las páginas más interesantes y animadas entre las de los colaboradores del periódico el talento vigoroso y flexible de Juan María Gutiérrez. —Habíase realizado ya la iniciación de su nombre en los primeros y efímeros ensayos de la prensa literaria argentina. —Vinculado, por una parte, como elemento director, al movimiento de ideas de 1837, y el más fiel depositario, por la otra, del legado de los poetas y los escritores de la época que había pasado, traía Gutiérrez consigo una nota nueva al concierto de las inteligencias que tuvo de escenario a *El Iniciador*. Singularizábanle, entre los hombres que imprimieron carácter a su grupo, ciertas dotes selectas de su espíritu: la delicadeza, “el equilibrio ideal”, el *sens des nuances* que eran como los timbres de su aristocracia intelectual; la serenidad, que estaba lo mismo en los veredictos de su crítica que en el ambiente luminoso y puro de sus versos; la tolerancia, que era su virtud literaria y que place encontrar en una época de entusiasmos innovadores. —No era en la crítica un revolucionario de las ideas, como Alberdi; no era tampoco un romántico de la imaginación y el sentimiento, como Cané. —Deteniéndonos



un tanto en la contemplación de su figura literaria, la hemos considerado una vez como el lazo vivo que une, dentro del espíritu y la historia de su generación, el significado conservador de Varela con la representación innovadora de Echeverría. —No era tan sólo ecléctico porque se conciliaban de dichosa manera en su naturaleza intelectual el amor de toda manifestación de libertad y todo anuncio de ideas nuevas con cierta instintiva pulcritud y cierta urbanidad ingénita del gusto, sino también porque poseía ese don de insaciable *curiosidad*, en el sentido más alto, que impulsa al alma a gustar todas las manifestaciones gratas e interesantes de la impresión y a familiarizarse con todas las formas de lo bello. Considerado por esta faz preciosa de su espíritu, es la gallarda y cumplida personificación de la genialidad de una época de iniciación literaria; de despertar de las energías juveniles de la mente, ávida de toda ciencia, apasionada de toda luz...

Comienza la colaboración frecuente Gutiérrez en *El Iniciador* por un retrato de Silvio Pellico, tomado en el doble aspecto moral y literario, que hace de introito a la traducción del decimocuarto capítulo de los *Deberes del hombre*. La figura del cautivo de Spielberg, destinado desde la juventud a la persecución, al fracaso, al infortunio; personificando en la prisión la suerte ingrata de la patria y trazando sobre sus losas frías la resignada afirmación del deber; hundiéndose, cuando liberto, en triste y silenciosa penumbra para llevar el duelo de su idea, debía presentarse iluminada por la aureola de una simpatía irresistible a los ojos de aquella juventud que, como él, sentía hambre y sed de libertad; que condensaba el alma toda en el anhelo de una regeneración difícil y lejana, como la realidad del sueño patriótico de Pellico, y que desplegaba al viento su *Iniciador*, en cuyas páginas se confundían la luz y la fuerza, los entusiasmos militantes y los serenos reposos de su alma, como el evocador de Francesca desplegara en Milán *El Conciliador*, que, bajo las manifestaciones de una propaganda literaria, ocultaba el pensamiento de redención política.

Otra página hermosa de este período que podemos llamar de formación en la crítica de Juan María Gutiérrez es, por el pensamiento y el estilo, su estudio de Meléndez Valdés. —Levantándose dichosamente su juicio sobre la preocupación vulgarizada que vinculó, casi exclusivamente, el nombre del poeta al repertorio erótico que ha olvidado para siempre la posteridad, glorificó en su obra lo que la crítica de nuestros días reconoce como más alto título de Meléndez: la iniciación de la poesía social, revolucionaria, pensadora, que atravesando por el alma apasionada de Cienfuegos y la grave razón de Jovellanos, dio en el cantor de Gutenberg el modelo de aquel lirismo que consagró los guerreros triunfos de América y poetizó los principios de su revolución. —Un atinado examen del campo ilimitado y fecundo que brindaba, para la regeneración de la poesía española y para el amanecer de un arte nuevo en el espíritu del pueblo preferido por el romance y la leyenda, la escuela literaria que había proclamado desde los otros pueblos de Europa la virtud inspiradora de la tradición, realza también los méritos de este estudio notable, donde se imprime a la vez la huella sangrienta del alma del proscrito en

dolorosas reflexiones sobre el ingenio a quien persigue el odio de los déspotas y sobre la superioridad que se convierte en causa de infortunios.

Hay otro aspecto de la colaboración de Gutiérrez en *El Iniciador* que nos revela dotes luego descuidadas de su espíritu. La observación de costumbres, para la que demostró en ciertos cuadros llenos de gracia y de intención, condiciones que no cedían en mucho a las de Alberdi, puestas al servicio del mismo pensamiento oportuno de reforma, no volvió a preocupar, después de esos ensayos de la primera juventud, a su espíritu, definitivamente encaminado por los rumbos severos de la investigación y de la crítica.

También sus dotes poéticas tuvieron manifestación en las páginas de aquel periódico. —Gutiérrez y Florencio Balcarce— que no será, solamente, para la definitiva historia de nuestra literatura, como lo es hoy para el recuerdo de la posteridad, el sentido autor de *La Partida*—, fueron los primeros en hacer eco a la iniciación de una poesía a un tiempo culta y popular, *lirica* en el sentido antiguo, en el sentido de *cantable*, que partió de ciertas melodiosas composiciones de Echeverría, y que era como una artística depuración del canto plebeyo representado por las rudas estrofas de Ascasubi a objeto de no hacerlo ingrato o desapacible a los oídos urbanos, sin quitarle por eso el aire y el sabor de la tierra. —Tal es el género a que pertenece la más hermosa de las composiciones que dio Gutiérrez a *El Iniciador*, si de ella se descuenta *La flor del aire*, a cuyo colorido, esencialmente americano también, mézclase un tono menos popular y más íntimo: *La endecha del gaucho*, donde, sin perder su carácter ni su propiedad, se tamiza el acento del paisano al través de una elegancia ática de expresión. — Pero el triunfo obtenido en la originalidad regional de estos ensayos no hizo apartarse al poeta, que estaba vinculado por una admiración y un entusiasmo muy sinceros al lirismo de Varela y de Luca, de aquel estudio clásico que se reveló por el canto vencedor en el Certamen de 1841, y del que hizo alarde después, en otros cantos de una hermosura altiva y solemne, mientras seguía cultivando la poesía de estirpe nacional en composiciones tales como *Amor del desierto*, *Caicobé* o *Los amores del Payador*. — Así, su musa, a un tiempo refinada e ingenua, se balanceaba, como la *flor del aire* de sus trovas, entre la tradición y la idea nueva, la pureza y la audacia, las formas cultas y el modelo nativo.

Junto a los de Alberdi y Gutiérrez, lucen la mayor parte de los nombres en quienes hoy se personifican la labor y la gloria de su generación.

De Félix Frías se leen muy hermosas páginas de exhortación moral y de doctrina austera, empapadas en la inspiración del cristianismo democrático que había apasionado las almas en la prosa ardiente de Lamennais y de Lacordaire. —Habló, asimismo, sobre *Poesía nacional*, pidiendo de ella la tendencia activa, varonil, militante, “sublimemente didáctica”, que formuló en estas palabras: “Queremos ciudadanos. Queremos la *ciudadanía* en poesía, en arte, en política, en literatura.” Y bajo el título de *La espontaneidad* defendió, al mismo tiempo, la

manifestación libre y autónoma del pensamiento americano y la independencia del talento individual como signo del escritor verdadero. La concisión y la intensidad de la frase nerviosa e incisiva de Carlos Tejedor manifestaron, en los artículos que intituló *Linajes de hombres* y *La Guerra*, las dotes de su estilo tan profundamente marcado por el sello de su carácter inflexible y viril. — Bartolomé Mitre, casi un niño entonces, entregó al periódico de la juventud sus primeras composiciones poéticas y escribió para él un hermoso elogio de Quintana. — Echeverría, Juan Cruz Varela, Figueroa, contribuyeron a veces al brillo y la amplitud representativa de *El Iniciador*. Algunos olvidados ingenios, cuyos nombres sólo han podido traspasar para las investigaciones de la erudición los lindes de la época en que figuraron, comparten la ardorosa tribuna y le añaden, ante la posteridad, el interés de guardar en su seno la repercusión de desvanecidas voces, para las que no siempre la muerte literaria puede considerarse estricta e inapelable justicia. Tales son, pues, los elementos capitales que concurrieron a la obra de *El Iniciador*. — Su último número, que lleva fecha de enero de 1839, reprodujo, como fórmula final que sintetizaba el espíritu de su propaganda, la profesión de fe redactada por Esteban Echeverría para la Asociación de la juventud que le reconoció por maestro. — Él no había aún desaparecido, cuando nació, bajo la propia dirección de Miguel Cané y Andrés Lamas, *El Nacional*, de 1838, destinado a librar campañas gloriosas. La vida literaria, al mismo tiempo que siguió reflejándose en las páginas de *El Nacional*, manifestóse también en otras publicaciones más singularmente dedicadas a ella, pero efímeras. Citemos *El Corsario*, *El Talismán*, *El Porvenir*, *El Álbum*, dirigido por Mármol, y la *Revista del Plata*, donde Juan Bautista Alberdi publicó su *Crónica dramática de la Revolución*. El movimiento sostenido por estos ensayos de adaptación de la prensa literaria debía en breve tomar una forma más solemne e histórica en el Certamen memorable de 1841.

*El Iniciador*, que tuvo todo el significado efectivo de su título con relación a aquella etapa primera de nuestra historia literaria, deberá siempre ser rememorado e invocado entre nosotros por las publicaciones que aspiren a dar voz y reflejo a la actividad intelectual de la República, como una ejecutoria honrosa de abolengo.

Tiene el prestigio histórico de la transición intelectual y moral que simboliza y puede ser, a la vez, un modelo de influencias fecundas. — Hay vibración energética, hay savia vigorosa, hay entusiasmo comunicativo en sus páginas. — Difícil y desdeñado por muchos en su tiempo, el ensayo desamparado se agiganta a los ojos de la posteridad; porque está en él el punto de arranque de un grande y poderoso movimiento de ideas, que describió su órbita de uno a otro mar de los que ciñen el mundo americano, difundido por una pléyade luminosa de proscritos, doblando las cimas de la Cordillera para llevar al seno de otras sociedades su impulso renovador; y porque la idea política y la idea literaria que asomaban en él, con la dificultad del germen que rasga apenas la corteza en campo ingrato, debían poner su sello a todas las

porfías de la acción, a todas las manifestaciones del pensamiento de una generación excepcional.

Como al hogar paterno, remoto e ignorado, tal vez de formas toscas y humildes, que dejó atrás el viajador que marcha al triunfo y a la gloria, a aquellas formas primeras de su producción y de su propaganda ha debido volverse el recuerdo cariñoso de esta generación que, destinada a fulgurar en lo alto de la cumbre, difundía entonces su luz como la luciérnaga escondida en el fondo oscuro del valle... Hay, para el espíritu reflexivo, un profundo y dominante interés en la visión de los orígenes humildes de aquellas cosas que le imponen su grandeza o su fuerza. El interés y la emoción con que se atiende a las revelaciones de la vida del niño que llevó en su alma la chispa destinada a transformarse luego en la llama del genio, o a la descripción del aduar que encerró en sí las primeras palpitaciones del pueblo a quien estaba reservada la predilección de la historia. — Y habrá algo de esa emoción, de ese interés, en el sentimiento que conmoverá sin duda, en lo futuro, el espíritu del investigador literario o del bibliófilo que recorran, en el silencio de las bibliotecas, las páginas olvidadas de *El Iniciador*.

*25 de agosto y 10 y 25 de octubre de 1896.*

<sup>(1)</sup> Este notable ensayo fue retundido también en el estudio más comprensivo y vasto de “Juan María Gutiérrez y su época”, que forma parte de *El Mirador de Próspero* [J. P. S.]

<sup>(2)</sup> Apareció *El Iniciador* en abril de 1838, y no en octubre, como se dijo en la primera parte de este artículo. El primer número del tomo II, salido a luz en octubre, lleva equivocadamente la indicación de “Tomo I”. [J. E. R.]

<sup>(3)</sup> Agregamos el artículo *el*, que falta ostensiblemente en el texto de la *Revista*. [J. P. S.]